

El sujeto de la educación: ¿a quién se educa y quién educa? Una reflexión desde Estanislao Zuleta*

Juan Alexis Parada Silva¹

Resumen

En este artículo se trae a colación el pensamiento educativo del colombiano Estanislao Zuleta Velásquez, quien ofrece una visión del sujeto de la educación, el cual no es singular, sino plural, que abarca las relaciones entre discente y docente. El escrito caracteriza al sujeto de la educación como algo complejo que se enmarca en el proceso de la educabilidad humana. Las relaciones discente–docente deben ser entre iguales; entonces, se rompe el esquema maestro–alumno, según el cual uno es el poseedor del conocimiento y el otro un simple receptor de éste. Se plantea así una educación filosófica, anclada en la realidad, que cuestione e interpele el entorno, que no comulgue con dogmas, sino que sea abierta, incluyente y permita el desarrollo de todas las posibilidades humanas.

Palabras clave

Educación, sujeto, filosofía, educabilidad humana, conocimiento.

* El artículo es un resultado del grupo de investigación Fray Saturnino Gutiérrez O.P., Filosofía de la educación en Colombia y América Latina, adscrito a la Facultad de Filosofía de la Universidad Santo Tomás; este grupo está reconocido por Colciencias y clasificado en Categoría C.

¹ Licenciado en Filosofía y Letras y Magíster en Filosofía Latinoamericana. Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad Santo Tomás. alecrazy@gmail.com

Abstract

This article is on the thought of Colombian Estanislao Zuleta, who offers a perspective on who is the subject of education. This subject is not singular but plural, it is teacher and pupil at the same time. We characterize the subject of education as something complex and understood within human educability. Teacher-pupil relationships must be relationships among equals; no longer is the teacher thought as the bearer of knowledge and the pupil as a mere receptor of this knowledge. Thus, a philosophical education, anchored in reality, is posited; it must question the environment and reject dogma; it must be open, inclusive and allow for the development of all human potentialities.

Key words

Education, subject, philosophy, human educability, knowledge.

Introducción

La educación se concibe como una práctica social que concierne al hombre directamente. De hecho, constituye un problema antropológico fundamental, pues tiene un carácter privativamente humano. El hombre es un ser educable por naturaleza; el hombre es porque se educa.

No hay educación sin idea antropológica, pero, en medio de tanto barullo de ideas educativas, es difícil adoptar una de ellas sin antes pasar por el tamiz de la realidad, aún más en la época actual, en la que existe un pluralismo de ideas antropológicas, todas ellas con cierto grado de validez. Ante esta gran cantidad de posturas, vale la pena resaltar, por ser pertinente e interesante, la del pensador antioqueño Estanislao Zuleta², quien concibe al hombre como un animal social que se desenvuelve en un medio conflictivo, lo cual no constituye un problema, sino que, por el contrario, ofrece la posibilidad de crear un modelo pedagógico complejo e integral que vincule las diferentes esferas del ser: cultural, político, afectivo, colectivo, etc.

² Estanislao Zuleta Velásquez nació en Medellín el 3 de febrero de 1935. Autodidacta y enemigo acérrimo del dogmatismo en cualquier área, de manera singular en lo político y lo filosófico. La Universidad del Valle, venciendo las resistencias del mundo académico, le concedió en 1981 el doctorado Honoris Causa en psicología. El 17 de febrero de 1990, murió en la capital del Valle del Cauca, a los 55 años. Fue escogido como el mejor pensador colombiano del siglo XX, por su labor académica e intelectual.

El sujeto de la educación: ¿a quién se educa?

Por lo general, cuando se piensa en el acto educativo se piensa en un sujeto singular, y la responsabilidad recae en los discentes. Pero en este espacio se está ante un sujeto plural: ¿a quiénes se educa? y ¿quiénes educan? La construcción del sujeto corresponde a ambos. Entonces, es una construcción necesaria, del sujeto educador y del sujeto educando. Cualquiera de los lados de esta relación que falle nos instala frente a un acto educativo fallido.

La cimentación es, en primer lugar, individual: soy yo quien me construyo, es a mí a quien la imposibilitan o le facilitan la construcción. Nada más personalizado que esta construcción del sujeto educador y del sujeto educando; nada más unido a sus utopías, a sus anhelos, a sus debilidades y fortalezas. Pero también la construcción es social: erigirse como educador y como educando es construirse como un sujeto social responsable de la educación en determinada institución. La educación debe implicar al alumno como un ser humano y no como un receptáculo, y debe desarrollar todas las potencialidades del ser humano y sentar las bases para aprendizajes y transformaciones futuras.

El discente: un investigador y transformador social

Para Zuleta, el estudiante es un individuo capaz de participar en la planificación social. El alumno no debe ser más el receptor pasivo de un conocimiento que se le entrega para que lo aprenda y luego lo repita ante su transmisor, como un actor pasivo de su aprendizaje. Debe dejar de ser parte del engranaje del mercado productivo y pasar a ser el eslabón que crea procesos de desarrollo social que fortalecen el tejido comunitario y aniquilan el individualismo. Al igual que Freire, Zuleta va lanza en ristre contra la educación bancaria. En el proceso educativo, no hay uno que enseña y otro que aprende, sino que maestro y alumno se forman de manera conjunta. Al respecto, Zuleta afirma:

En nuestro sistema educativo la gente adquiere disciplina desagraciadamente de hacer lo que no le interesa; de competir por una nota, de estudiar por miedo a perder el año. Más adelante trabaja por miedo a perder el puesto. Desde la niñez, el individuo aprende a estudiar por miedo a resolver problemas que a él no le interesan. El capital ha puesto bajo su servicio y control la iniciativa, la creatividad y la voluntad de los individuos [...] Puede que el tipo de educación actual sea muy malo desde el punto de vista del conocimiento, pero es ideal para producir un “buen estudiante”, al que no le interesa aprender pero si sacar cinco (5.0) y que sólo estudia por miedo a perder el año. En la escuela existente, es decir, aquella que se ciñe a los preceptos del mercado, se impone, no se negocia ni se abre el espacio de disertación; se dictan ideas, se dictan clases, no se discute, ni se concilia; no se comparte y se olvida el ser colectivo (Zuleta, 1995: 32).

La educación escolarizada tiene como finalidad no la formación integral, sino la preparación para un examen de Estado, en el que finalmente el estudiante expulsa esa ensalada de materias que no ha logrado digerir. Desde la infancia se crean monstruos educados que saben de todo, pero desconocen lo principal: vivir, saber vivir, gozar de momentos contemplando la naturaleza, la sonrisa

de un niño, el estallido de una carcajada, etc.: “Desde la primaria al estudiante se le educa en función de un examen, sin que la enseñanza y el saber le interesen o sus relaciones con sus expectativas personales” (Zuleta, 1995: 33).

Zuleta aboga por una educación que propicie una promoción integral de posibilidades individuales no determinadas por el mercado. Por otra parte, asume el postulado de Freud, según el cual el niño es un investigador. Campo que habría que aprovechar al máximo para consolidar una sociedad de investigadores capaces de promover el conocimiento: “El niño es un investigador; y si lo reprimen y lo ponen a repetir y aprender cosas que no le interesan y que él no puede investigar, a eso no se puede llamar educar” (Zuleta, 1995: 24).

Zuleta no comulga con que el educando sea un receptor pasivo de un conocimiento que se le entrega para que se lo aprenda y luego lo repita ante su transmisor, sino que estimula a formar mentes capaces de plantearse interrogantes y buscarles respuestas sin más límites que el de las propias capacidades. La formación del discente debe orientarse a desarrollar las aptitudes y capacidades intelectuales, a desarrollar su particularidad social; es decir, a crecer con otros.

El estudiante es visto por Zuleta como un individuo transformador de su contexto; como alguien que investiga, indaga, interroga su entorno, y al analizar su contexto perfila posibles soluciones. La pregunta es ¿qué clase de formación debe tener ese chico ávido de saber e investigador en potencia?

La formación del discente

La formación permanente es una necesidad imperativa para los discentes. En ella adquieren las herramientas necesarias para enfrentar y asimilar su devenir cotidiano. Además, la formación que se debe impartir en la educación formal debe incorporar una visión profesional, es decir, que vaya perfilando al educando para su campo laboral, sin dejar a un lado la socialización y la crítica al modelo capitalista excluyente.

Los educandos deben lograr aprendizajes de buen nivel en las diversas áreas escolares: ciencias, letras, artes, deportes, lo cual les suministra conocimientos y destrezas intelectuales y físicas, como también hábitos de trabajo, responsabilidad y disciplina, requeridos para optimizar sus potencialidades. Sin embargo, se debe evitar caer en impartir una “ensalada” de materias que no estén ancladas en la realidad del estudiante y que desconozcan su capacidad heurística y su pensamiento.

La formación de los estudiantes debe procurar los instrumentos necesarios para incorporarse al continuum del saber, con su mente abierta a nuevas informaciones, hechos o fenómenos, y con la flexibilidad necesaria para minimizar la información caduca, pasando por el filtro de la razón y la realidad. La planificación y sus elementos se centran en el discente para atender y mantener las ambiciones, habilidades, dudas, esperanzas y aspiraciones individuales. Es pertinente combatir el dogmatismo, la ideologización y la segregación: “Se debe trabajar con la sospecha, sometiendo todos los elementos a una elaboración, a una crítica, que permita superar el poder de la fuerza represiva que es impuesta por el sistema” (Zuleta, 1974: 104).

Zuleta promueve una educación que oriente al alumno a la resolución de problemas, que verifique la información, que se deje interpelar por la realidad, que plantee interrogantes, que investigue y reconstruya su propio conocimiento en las diferentes áreas, para aplicarlo en situaciones reales y puntuales. Para Zuleta, el discente debe haber introyectado una visión crítica y reflexiva de su entorno; además, debe sentirse protagonista de todos los procesos, dar espacio a la reflexión. Cada actividad o resultado requiere un esfuerzo de contextualización e interpretación con espíritu crítico para relacionar lo que se va conociendo con lo ya adquirido: “lo que realmente importa es saber en qué medida el proceso vital e intelectual es capaz de volver críticamente sobre sí mismo, de ser revisionista” (Zuleta, 1992: 367).

En conclusión, la formación que debe asimilar y construir el discente debe estar anclada en la realidad, ser crítica, combativa, reflexiva, analítica, promover la autonomía, la responsabilidad, en pocas palabras, debe ser filosófica.

Una formación filosófica

Para Zuleta, la filosofía se erige como la única forma de conocimiento, y se convierte en el campo de la formación, en un fundamento esencial. Él asume la filosofía como un modo de vida, no simplemente como un método o como una ciencia. La filosofía se hace con los problemas de la vida personal, social o sexual, y no es, al menos para Zuleta, una mera especialidad que ofrecen diferentes universidades. La filosofía debe romper con la polarización entre la exposición sistemática dominante en la filosofía y la manifestación del mundo vivido, propia del arte o de la poesía, para encontrar una forma de desarrollo y de exposición en que ambas dimensiones tengan la posibilidad de una integración. Es por ello que el antioqueño aboga por una educación que sea filosófica, que cuestione la vida cotidiana, y es precisamente el discente uno de los encargados de reflexionar su devenir y hacer de la filosofía un estilo de vida.

Se puede aseverar que es tan estrecha la relación entre la reflexión filosófica y el proceso pedagógico, que si éste no desemboca en aquella, lo más que hará es formar ordenadores o seres inermes, que se desentienden de la realidad y de su problemática. El educando debe recibir una formación filosófica que incite a pensar por sí mismo, a deglutir el bombardeo de información que a diario lo avasalla; una formación filosófica que enseñe a respetar la diferencia, a construir realidades, que abra un espacio para la confrontación, para exponer ideas, que valore positivamente la multiplicidad y la pluralidad. Hacer una educación con filosofía es crear una actitud crítica. Formar filosóficamente es procurar que cada uno de los educandos pueda demostrar, tener la plena seguridad de lo que afirma y defiende. Un educador formado de esta manera asume el valor de todo lo humano y de todo el cosmos, y trata de realizarse

plenamente en todas sus posibilidades; pregunta, escucha, cuestiona, contradice; no delega su futuro en una doctrina o un líder

La filosofía no consiste en comprender los sistemas de los filósofos, sino que los sistemas de los filósofos sirven para comprender el mundo. Lo atrayente es utilizar los conocimientos, las representaciones, los sistemas de los filósofos para comprender nuestro mundo, no convertir el conocimiento de los filósofos en el telos de la filosofía.

Es fundamental que se vea la relación de todo eso con el mundo de la vida. Por esta razón y en sentido foucaultiano, la filosofía no puede reducirse a la arqueología de las cosas que se han dicho, que se han pensado en otras épocas. La filosofía debe guardar una relación estrecha con cosas más emocionantes, con situaciones vitales y problemas del común. Así, la filosofía no se limita a un saber que reconstruye la tradición. Por el contrario, constituye una disciplina dinámica que nos provee de las herramientas conceptuales y metodológicas para interpretar el presente y proyectar el futuro.

Las personas racionales no lo son sólo porque se comportan racionalmente, sino porque luchan por vivir en una sociedad racional y razonable, porque luchan por que no predominen los dogmas irracionales, las supersticiones, los fanatismos, aquello que de alguna forma iría en contravía de la razón. De modo que la razón es una muestra de convivencia, pero también una fuente de disidencia y de rebelión. Fomentar esto es el camino de la educación.

El sujeto de la educación no es solamente el discente, y aunque es el centro de la reflexión pedagógica, también resulta importante el maestro, como veremos a continuación.

El sujeto de la educación: ¿quién educa?

Los profesores han de dejar el papel de consignatarios del conocimiento a un rol de facilitadores.

Un docente debe ser asesor, motivador y consultor del aprendizaje. Su interacción con el alumno no será ya más para entregarle un conocimiento que posee, sino para compartir con él sus experiencias. Ha de apoyarlo y asesorarlo en su proceso de aprender y, especialmente, para estimularlo y retarlo a aprender. Debe incentivar que cada alumno cree su propio paradigma, se apropie y sea dueño de sus saberes, para luego compartirlos con otros. Debe, por tanto, ser el facilitador del aprendizaje, aprovechando para ello su interacción presencial. El profesor, entonces, desempeñará el papel de siempre: ser el maestro.

Para Zuleta, el educador no sólo educa, sino también es educado; el educando es educado y educa. Los educandos ya saben, son sujetos que piensan; no sólo escuchan, sino que tienen palabra; disciplinan y se disciplinan; son capaces de elegir; actúan por sí mismos; son libres, y son, en fin, sujetos de su proceso. La relación entre educador y educando debe ser una relación entre iguales, no debe haber uno que sepa y otro que cumpla el rol de recipiente, ya que la cultura y la educación se adquieren mediante un trabajo concienzudo y no por imposición ni por recepción:

La educación, tal como ella existe en la actualidad, reprime el pensamiento, transmite datos, conocimientos, saberes y resultados de procesos que pensaron, pero no enseña ni permite a pensar. A ello se debe que el estudiante adquiere un respeto por el maestro y la educación que procede simplemente de la intimidación. Por eso el maestro con frecuencia subraya: “usted no sabe nada”; “eso lo entenderá o se verá más adelante o el año entrante, mientras tanto tome nota” (Zuleta, 1995: 98).

Zuleta promueve una educación en la que educador y educando se encuentren en posición de “igualdad”; una relación en la que prime la participación y la crítica, y haya más preguntas que respuestas; una educación que enfatice en la pluralidad, que polemice, que estimule la investigación y que sea humanista.

La importancia del educador

El educador es un eslabón esencial en el proceso educativo. La anterior afirmación parece ser obvia; sin embargo, al creerla obvia, corre el riesgo de desatenderse. Para Zuleta, el educador tiene gran responsabilidad en la educación, tanto así que lo señala como uno de los causantes de que la educación ande tan mal, pues cuando abusa de su poder amedrenta a los estudiantes, esteriliza sus iniciativas y les niega la posibilidad de desarrollarse integralmente.

La posición del maestro puede ser en sí misma y por sí misma intimidadora e inhibidora del pensamiento y el conocimiento. Al maestro le queda muy difícil formarse la idea de que él mismo es un poder. Él sabe, él califica. Lo que yo les quiero decir es que entre el poder y la verdad hay muy malas relaciones (Zuleta, 1995: 69)

Zuleta cree que el maestro puede llegar a desarrollar comportamientos intimidantes. Tal vez podríamos plantear la abolición de los maestros, pero esto sería un absurdo, dado que detrás de grandes hombres siempre ha existido un maestro. El mismo Zuleta tuvo de maestro a Fernando González, a Fernando Isaza y a los filósofos de la antigua Grecia, entre otros. Alejandro Magno tuvo como mentor a Aristóteles, y Simón Bolívar, a Simón Rodríguez. Entonces, ¿cuál es la verdadera misión de los maestros?

Zuleta, a mi modo de ver, no tiende a la abolición de los maestros, pero no muestra una postura clara al respecto. Lo que sí deja ver claramente en sus disertaciones es su pensamiento no convencional, que tiene dificultades para identificarse con las instituciones sociales imperantes, entre ellas la escuela. Aquí surge otro reparo: si Zuleta promueve la abolición de la institución, entonces, ante la ausencia de una institución como la escuela, ¿los chicos no caerían en el riesgo de seguir estereotipos sociales, como los que promueve la sociedad de consumo?

Se me ocurre entonces y, gracias al estudio de la obra de Zuleta, que él considera que el papel de

los educadores debe ser inducir a los alumnos a que se conviertan en ciudadanos capaces de mejorar la sociedad en la que viven, en personas con valores positivos y solidarios, que den respuestas adecuadas al individualismo, la falta de sensibilidad, de ética y de responsabilidad, que se promueve el modelo neoliberal. Considero que una educación humanista es una educación que permite y fomenta el desarrollo de la persona, es decir, que hace que las posibilidades de desarrollo del individuo no estén determinadas por el mercado.

Zuleta crítica a la escuela como un aparato represor-ideológico, reproductor del sistema, que condiciona a las nuevas generaciones para que el poder sea legítimo. Esta crítica se enmarca en la teoría de la reproducción social, que han fraguado algunos pensadores franceses a propósito de la sociedad del siglo XX.

Para Zuleta, el educador no debe coartar el pensamiento de sus alumnos, no debe creer que se las sabe todas, ni debe intimidar a sus alumnos. El proceso de la educación debe acontecer entre iguales, de tal suerte que ambos aprehendan la realidad y la transformen con sus actos. De acuerdo con Zuleta, el educador no se debe negar a admitir otras posibilidades de verdad diferentes a las de su enfoque personal; no debe ser dogmático, sino abrirse al diálogo con diferentes posturas, que a su vez enriquecen el conocimiento. Zuleta es consciente que muchos docentes son dogmáticos, pero entiende la situación de ellos, ya que fueron formados, a su vez, por instituciones educativas dogmáticas y universidades “bancarias” que les condicionaron su mente y les negaron las metodologías y herramientas necesarias para un verdadero cambio en la orientación y los métodos educativos.

El educador debe ser un facilitador que dispone de muchos más recursos personales, conocimientos y experiencias de los que adquirirán los alumnos. Es importante que “facilite” el inicio de cada actividad, impidiendo cercos y esfuerzos inútiles o estériles. El docente debe ofrecer su-

gerencias para que cada alumno avance al ritmo común y vaya descubriendo el camino adecuado de su formación personal. Debe desempeñar el rol de observador externo en los momentos de trabajo individual o de grupos, para luego interpelar, sugerir y evaluar. La misión del educador no es amaestrar, sino poner la mirada crítica en toda doctrina, establecer diferencias y sacar conclusiones que permitan cultivar el conocimiento.

Zuleta critica la educación y al educador. Para él, “La educación y el maestro, sin saberlo, están formando al individuo para que funcione como necesita el sistema; están preparando burócratas, en el sentido amplio de la palabra [...] reprimen el pensamiento de los niños, para que puedan funcionar en cualquier parte” (Zuleta, 1995: 39).

La cita anterior ubica al maestro como un funcionario del sistema capitalista, es decir, lo presenta como un idiota útil del sistema. Pero, ¿todos los maestros se pueden enmarcar en esta definición? Nuevamente Zuleta entra en contradicción, dado que él fue maestro; entonces, ¿también fue un burócrata del sistema, o tal vez él fue la excepción?, ¿los padres de la patria no se formaron con el legado escolástico?, y aun así, recibiendo este legado, no desistieron de la idea de forjar la independencia, en medio de un pensamiento que defendía la dependencia. Si el maestro fuera una arandela del sistema, entonces, ¿cómo han hecho ellos para promover grandes revoluciones? Quizás, saliéndose de él; pero, ¿cómo?: afiliándose a otro sistema paralelo, tal vez el socialista, que también ha demostrado su incapacidad para formar hombres libres.

Por otra parte, Zuleta va lanza en ristre contra los educadores que les usurpan a los niños la posibilidad de desarrollar su capacidad investigativa, les prohíben bucear en la realidad y les ofrecen la cultura servida en bandeja, no propician procesos y sólo dan soluciones:

Desgraciadamente entre el alumno y el maestro no hay una comunicación del saber, sino una relación de ganar o perder en la que el maestro no pierde

nunca, ni se deja poner en cuestión. El niño es un investigador según la definición de Freud. Pero si el maestro tiene la respuesta de antemano, el alumno pierde las condiciones para investigar y lo que tiene que hacer es buscar la respuesta que exige el maestro para adecuarse a ella. En estas condiciones el maestro no puede promover entonces la investigación del niño (Zuleta, 1995: 70).

El educador: amante del saber filosófico

Para Zuleta, el educador debe nutrirse de la experiencia cotidiana para ser capaz de poner el pensamiento en el camino de la problemática de la existencia. El docente debe ser filósofo, comprometerse con la vida, con la transformación de la realidad y del sistema. El maestro no debe divorciarse de la praxis; su vida debe ser un libro abierto en el que sus ideas se nutran de sus actos y viceversa. El educador debe ser un amante de la verdad, un enemigo del dogma, un apasionado del saber, debe estar enamorado de lo que hace, de lo contrario, puede transmitir información, mas no construir saber y mucho menos pensamiento:

Para poder ser maestro es necesario amar algo, para poder introducir algo es necesario amarlo. La educación no puede eludir esta exigencia sin la cual su ineficacia es Máxima: al amor hacia aquello que se está tratando de enseñar. Además, ese amor no le puede dar sino quien lo tiene y en últimas eso es lo que se transmite. Nadie puede enseñar lo que no ama, aunque se sepa todos los manuales del mundo, porque lo que comunica a los estudiantes no es tanto lo que dicen los manuales, como el aburrimiento que a él mismo le causan. El que enseña no puede comunicar lo que no ama. Si enseña 25 horas a la semana y dicta “Lo que le ponen a enseñar”, independiente de que le guste o no, a unos alumnos que no ven ninguna relación entre lo que enseña y su propia vida, no le van a significar nada (Zuleta, 1995: 62).

Desde los griegos se ha hablado del maestro como el amante del saber, como aquella persona que siente satisfacción a la hora de formar personas, que se apasiona por ello, que inclusive

puede dar su vida en favor de la formación y del conocimiento.

Actualmente, es importante hablar del Eros pedagógico, porque prácticamente se es maestro por vocación, más allá de la remuneración, dado, que la carrera docente es una de las menos retribuidas en el país y en Latinoamérica. También resulta interesante realizar la aclaración entre los educadores y los enseñantes, ya que los primeros pretenden guiar una búsqueda, parir conocimiento, sin olvidar la formación integral, la dignidad de la persona. No se educa a un número, sino a una persona que tiene una realidad, que se desenvuelve en un espacio determinado, que tiene dificultades y necesidades. En cambio, los enseñantes son personas que sólo instruyen, que no exigen un madurez humana, que sólo hacen énfasis en formar en habilidades; no les interesa nada más que el intelecto, y la volición y la emoción son excluidos.

Zuleta promueve en sus reflexiones una educación filosófica, en la que el educador sea una persona que le apueste a la filosofía como el camino más acertado para cultivar el pensamiento, el conocimiento, para saber y comprender los procesos; una educación que no se ahorre la angustia de pensar; una educación en la que el educador no sea un policía de la cultura, sino un inductor y promotor del deseo de aprender. Se requiere, según Zuleta, un educador que incentive el deseo de conocer, que se incline por la educación problemática, que no comulgue con entregar resultados, sino que le apasione construir procesos; que no se ampare en los dogmas, ni en seres que ofrecen verdades últimas, sino que promueva una sociedad conflictiva; que de a luz el conocimiento. En fin, Zuleta considera que el mejor educador debe ser filósofo, generador de inquietudes y promotor de debates y del desarrollo de las posibilidades del ser humano:

Hay que promover una educación filosófica y no una información cuantificada, masiva, beatificada [...] Un hombre que pueda pensar por sí mismo, apasionarse por la búsqueda del sentido o por la

investigación, es un hombre mucho menos manipulable. Este es el resultado que podría provenir de una intensificación, en nosotros mismos como educadores, de la búsqueda de una educación filosófica (Zuleta, 1995: 14)

La filosofía se puede ver desde tres ángulos: desde el primero, se ve como un modo de saber, como una episteme, un saber apodíctico, necesario y universal, y se procura ver la filosofía como una ciencia. Desde el segundo, se ve como orientación para el hombre, para la vida; se ve en el filósofo al mejor gobernante, al mejor regidor. Por último, desde el tercer ángulo, se ve como un modo de vida, como una forma de asumir los retos del devenir cotidiano. Este ángulo de la filosofía concibe a los hombres como seres verdaderamente libres, que no se dejan matricular o encasillar en ningún modelo o sistema, que tienen criterios, son autónomos y toman sus propias decisiones. En este ángulo de la filosofía se ubica Zuleta; esta filosofía es la que promueve nuestro pensador. Zuleta desea una educación en la que la filosofía, más allá de ser un método, sea un estilo de vida, una forma de asumir la realidad, el entorno.

Sobre la formación del maestro

Aparte de la filosofía, se hace necesario complementar la formación del maestro enfatizando en la convivencia. "Aprender a convivir" es parte de la tarea docente, porque al interactuar con su entorno no sólo logra la integración de los elementos educativos, sino las metas escolares que se trace para lograr una mejor calidad de vida de los individuos inmersos en el acto educativo. Frente a un mundo que se caracteriza por la intolerancia y la segregación urge la necesidad de subrayar la convivencia como motor del proceso educativo.

El educador debe ser formado holísticamente, posibilitando la recepción, exploración, experimentación y transmisión de nuevos conocimientos significativos y, además, expresando la importancia del ser en calidad de persona hacia su desarrollo biológico, psicosocial y cognitivo. Esto

sería el reflejo de una enseñanza activa y dinámica, sustentada por la adquisición de un conocimiento que permita ir de la reflexión a la acción. Sólo en la medida en que la disertación se convierta en práctica cotidiana, podremos decir que iniciamos un proceso hacia formas de educación más humanas y que personalizan. Es necesario que se predique y se aplique en la vida diaria, de lo contrario, la reflexión pasa a ser un discurso vacío y sin ninguna implicación para los discentes.

La filosofía como un *ethos*

Estanislao Zuleta concibe la filosofía como una forma de vida culpable de crear pensamiento; a la vez, la filosofía se erige como espacio de encuentro, crecimiento, reconocimiento y multiplicidad. El problema de las instituciones educativas radica en que la trabajan como una asignatura más, algo etéreo y abstracto, alejada lo más posible de la realidad, y no le prestan el interés que se merece. Algunos centros educativos priorizan lo lúdico, otros centran la atención en la preparación para el examen de Estado, pero se olvidan de hacer énfasis en la formación filosófica.

En la actualidad, la escuela no posibilita un encuentro de personas, sólo se dan relaciones funcionales: son dos peones que acuden a un lugar determinado por un tiempo establecido, en el que se ocupan para parecer ocupados, el uno esperando el sueldo de fin de mes y el otro el final de su estudio secundario.

El docente llega al salón de clase como una cosa más de un orden impuesto, no como un sujeto, sino como la máscara de ese gran otro —el modelo económico— que conduce el funcionamiento del sistema escolar. Todo está mediado por el cronograma escolar, los proyectos transversales, las reuniones de área, las izadas de bandera, las entregas de boletines, el currículo y la ley. Se restringen los espacios extraescolares; ya ni los descansos son puntos de encuentro. El funcionamiento escolar amarga y hace fastidiosa la labor de aprendizaje.

Quién pregunta y cuestiona es estropeado, señalado, sojuzgado y tildado de batracio.

Apremia entonces dar un vuelco a los currículos, enfatizar en la filosofía como un modo de vida que vincule elementos contextuales y tenga en cuenta las necesidades de la comunidad educativa, que no imponga, sino construya. el error, situaciones fecundas para el proceso educativo.

Más allá de los currículos institucionales deben incentivarse espacios extracurriculares de convergencia, como las tertulias, los centros literarios, los foros, los grupos de estudio, etc. Puntos de encuentro en los que se labren ideas, que no sean obligatorios, sino que susciten reflexiones y que vinculen elementos de la vida diaria.

Recordemos que Zuleta va en contravía de aquella educación sin sentido, sin un anclaje vivencial. La teoría debe ir de la mano de la praxis y la ciencia de la mano del pensamiento. No sólo es adquirir conocimientos, ni memorizar fechas históricas, sino reflexionar sobre ellas, desentrañar el significado, la importancia o el perjuicio que se esconden. No es sólo saber, sino saber qué se sabe, saber qué significa para nosotros y para los que nos rodean, para poder transformarlo en vida, para poder regalarles a los otros una parte heurística de nuestra vida.

La educación es una herramienta que puede facilitar el desarrollo de todas las posibilidades del ser humano, pero mal empleada puede constreñir anhelos y aniquilar realidades. La educación debe ser democrática, incluyente, de ninguna manera dogmática. Zuleta fue muy crítico de toda clase de dogmatismos: religiosos, políticos, estéticos, literarios, científicos, entre otros. Las guerras mundiales, las guerras santas, la Inquisición, el terrorismo, las guerras civiles, los conflictos armados, las discriminaciones, son producto de los dogmatismos. En cierto sentido, la escuela replica el dogmatismo cuando el profesor se enseñoorea del saber y las directivas creen tener controlada la situación escolar y se desconoce la contraparte y el estudiantado, o cuando es casi una blasfemia

o una postura herética cuestionar o corregir los apuntes del docente, y mucho menos las decisiones de las directivas. De igual forma ocurre en casa cuando no se comulga con las determinaciones de los padres, entonces, éstos optan por el grito, el insulto o, en el peor de los casos, por el castigo físico, que no sólo deja secuelas en el cuerpo, sino psicológicas. Asimismo, el espacio laboral se suma a los ámbitos escolar y familiar, dado que allí también se reprime el pensamiento,

se cierra la posibilidad al cuestionamiento y sólo se permite el consentimiento.

Es innegable la necesidad de replantear el proceso educativo en Colombia, pero el problema a resolver es qué énfasis darle a esa nueva orientación. Zuleta respondería contundentemente: un énfasis filosófico, que aúne esfuerzos por comprender el entorno y los que hacen parte de él.

Bibliografía

Zuleta, Estanislao. (1974). Sobre la Lectura. En: Revista Discusión. Medellín.

Zuleta, Estanislao. (1992). Idealización en la vida personal y colectiva. En: Ensayos Selectos. Medellín: Autores Colombianos.

Zuleta, Estanislao. (1995). La Educación un Campo de Combate. En: Educación y democracia un campo de Combate. Bogotá: Fundación Estanislao Zuleta.